

DESPERTAR DE PRIMAVERA

Osvaldo Frizzera*

Sabemos que la vida tiene muchas ocasiones de enfrentamiento con lo traumático. Se trata de sucesos que por uno u otro motivo “nos despiertan” de una cierta rutina en la que nos “adormecemos”. Despertar es un “pasaje”, es un tiempo difícil de medir en el que se va produciendo un reacomodamiento de representaciones para poder conectarnos con el mundo.

De todas esas situaciones, hay al menos dos que constituyen un paso ineludible y que necesariamente impondrán un esfuerzo de trabajo. Un trabajo de ligar, de armar sentidos, para luego poder desarmarlos y formar otros. De no hacerse este trabajo el riesgo o la amenaza es la errancia, el deslizamiento en el puro sinsentido, en un tobogán inercial que puede conducir hacia la muerte.

Cuando hablo de por lo menos dos me refiero a esos momentos en los que la sexualidad humana se presenta, dos picos separados ambos por lo que solemos llamar latencia.

Hay un primer despertar sexual infantil en el que la indefensión y el desamparo ocupan un lugar central.

¿Qué sucede en ese tiempo? En el mejor, y afortunadamente en la mayoría de los casos, el Otro, encarnado en la figura de los padres, ofrece al niño un lugar para que se aloje. Por supuesto que el sitio que se le tiene reservado puede variar y no será sin consecuencias a la hora de pensar como salir de ahí, como sustituirlo.

Lo que habitualmente llamamos Edipo, en psicoanálisis, es el trabajoso camino para elaborar eso que el Otro le ofrece al pequeño y por supuesto que ofreciendo le pide. Los padres o quienes ocupan ese lugar le brindarán, aun antes de nacer, palabras, imágenes, vestidos; lo investirán -dirá Freud- en el sentido alegórico de darle velos para cubrir su desnudez inicial; lo

* Médico Psicoanalista. Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Profesor Titular de Clínica Psicológica de Niños y Adolescentes, Carrera de Psicología UCES. Profesor de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños UCES (en convenio con APBA).

bendecirán, agrega Lacan, señalando el decir bien -el bien decir- lo que le proporciona al niño palabras que lo constituyen, desde el nombre hasta aquello que desde el principio ya tienen pensado para él.

A esta operación se la llama *alienación fundante*. *Alienación* en tanto queda inmerso en lo que el Otro desea para él y *fundante*, ya que se trata de un paso inaugural e imprescindible para ser un sujeto, semejante y a la vez distinto de los otros.

Estos recursos le sirven al niño para ligar en la primera infancia, lo que surge en su entorno y sobre todo en su cuerpo, situaciones *despertantes* que no puede controlar, ni ubicar, sin eso que le llega desde el Otro.

Entonces, podrá en mayor o en menor medida hacerle frente y lo hará con las formas que usualmente se esperan, pero también con algo que poco a poco irá delineando su singularidad.

¿Qué es lo singular en la respuesta? ¿De dónde surge?

Es aquello que no entra en la posibilidad de ponerle palabras o imágenes; ese resto que, aunque rodeado por ellas, se escapa a esa posibilidad.

Por suerte, ese resto permanecerá inabordable a un trazado completo para la vida de ese hijo.

Cuando termina ese primer tiempo se dice que el chico pasa a la latencia. Después de ese período conmocionante, algo se aquieta, pudiendo dedicarse a otras cosas. Cuenta ya con algunos recursos, con títulos, un cheque -dice Lacan- que guardará en el bolsillo o en su mochila para poder usarlos cuando las circunstancias así lo requieran. Y estas circunstancias llegan ineludiblemente en la segunda vuelta, que se llama el segundo despertar sexual. En ese tiempo al que, con respecto al anterior, se agrega la diferencia de los sexos, la sustitución de los objetos parentales por los exogámicos, la posibilidad de procrear. Tiempo de convulsión, donde las reservas que el niño ha acopiado le serán solicitadas. Por eso no es banal lo que haya ocurrido en el primer momento. Al segundo despertar, traumático en tanto algo lo excede, lo sobrepasa, Freud lo describió como *metamorfosis*.

Allí, el enfrentamiento a aquello que irrumpe, su forma de abordarlo abre el camino a diversas -aunque en la práctica no son muchas- posibilidades de repuestas.

Con frecuencia suele mencionarse o hacer hincapié en la instalación de la prohibición del incesto, imprescindible a la hora de pensar al sujeto, pero se descuida que a la prohibición tienen que acompañarla las prescripciones, dicho en sencillo, que al no se le habrá de agregar lo que es permitido, se le habrá de señalar vías por dónde desplazarse.

De esta forma la segunda operación (recordemos que la primera es de la *alienación fundante*), a esta segunda la designamos *separación*, como movimiento de desasimio de la autoridad parental. Desasimio que no se realiza de una vez y para siempre. Desasimio que es trabajo, difícil hasta doloroso, que es la construcción de una novela que incluye la historia, aun la de sus antepasados, pero que puede recrear las versiones, puede innovar.

¿Qué encontramos los analistas cuando padres de adolescentes o estos mismos llaman a nuestras puertas?

Me atrevo a conjeturar que, si bien puede haber diversas formas de presentación, hay algunas que se repiten con frecuencia: es que su despertar frente al Otro, que ahora es el *otro sexo*, el afrontar lo que la cultura le solicita, lo sitúan en arenas demasiado movedizas, que algunos autores lo describen incluso como catástrofes. Sus respuestas, por lo tanto, son el testimonio de sus serias dificultades. La inhibición, por un lado, suele ser una manera. Entendemos por ello un detenimiento, un adormecimiento para actuar, aun para hablar, intentando evitar todo aquello que lo expone a la angustia.

En el lado opuesto, están los *acting*, los pasajes al acto, otros modos de hacer un cortocircuito a la angustia. Son los adolescentes que hacen, son los que llaman sin palabras, por lo tanto tienen pocas posibilidades de recibir respuestas de los Otros, que no sean ellas mismas desmedidas. (Extremas prohibiciones, internaciones, expulsiones, etc.).

A diferencia de lo que sucede con los niños, hay en el segundo despertar una angustia que, manifiesta o ignorada, clama por encontrar marcas que lo orienten en ese tiempo de pérdida de objeto y de hallazgo de uno nuevo.

Por estas mismas circunstancias las modalidades con que se presenta la mayoría de las consultas de o por adolescentes precisan de un singular manejo de la transferencia como así también de otras intervenciones además de la clásica herramienta de la interpretación simbólica; herramienta que -dejo en claro- de ninguna manera ha de pensarse caduca sino insuficiente, si se la emplea como único recurso.

Acerca de estos temas seguiré hablando a través de la novela de Wedekind llamada *Despertar de primavera*.

Escrita en 1891 Freud la caracteriza como documento de la historia de la civilización, es decir tiene aquello que hace de una obra un clásico.

Por ello y antes de meterme en el terreno propio del drama o tragedia adolescente, quiero compartir con ustedes algunas y fragmentarias respuestas que Italo Calvino da a la pregunta porqué leer a los clásicos.

Primero unas breves definiciones.

Se llaman “clásicos” a los libros que constituyen una riqueza para quien los ha leído pero que constituyen una riqueza no menor para quien se reserva la suerte de leerlos por primera vez en mejores condiciones para saborearlos.

Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir. Su lectura debe depararnos cierta sorpresa en relación con la imagen que de él teníamos. Por eso nunca se recomendará bastante la lectura directa de los textos originales.

Clásicos son aquellos libros que cuanto más creemos conocerlos de oídas tanto más nuevos, inesperados e inéditos resultan al leerlos de verdad.

Después de estas aproximaciones, formula la pregunta que siempre aparece: ¿Por qué leerlos si se escribieron hace tantos años en vez de concentrarnos en lecturas que nos hagan entender más a fondo nuestro tiempo?

Italo Calvino nos responde: La actualidad es siempre un punto donde hemos de situarnos para mirar hacia delante y hacia atrás. Ha de ser el punto desde donde leerlos.

Una frase más nos recuerda que el máximo rendimiento de la lectura de los clásicos la obtiene el que sabe alternarla con una sabia dosificación de la lectura de la actualidad.

Desde tales coordenadas, que hoy hago un poco mías, abordaré esta obra *Despertar de primavera*. Escrita hace más de 100 años, puede parecer una antigüedad en cuanto a los modos culturales que allí se despliegan. Pero es atemporal en cuanto a lo que transmite.

Como casi todo libro tiene una dedicatoria: *al hombre enmascarado*. Y lo destaco porque mis comentarios, si bien en un principio serán acerca de lo que el texto trata en general, se centran en este personaje enmascarado, anticipando que lo considero una alegoría del posible accionar de un analista con un adolescente.

En líneas generales:

- La pieza trata de historias de un grupo de 13 ó 14 años de edad. La infancia está bien cerca.
- Marca el encuentro entre el despertar sexual y la respuesta que se produce desde los ideales y expectativas del entorno familiar y social.
- Muestra que el segundo despertar puede concluir en un desenlace trágico.
- El niño aparece como un instrumento de dominación de la angustia o de consuelo de la insatisfacción de la madre.
- El goce parental se enclava en el niño.
- No prevalece la preparación del hijo para la futura sexualidad.
- El propósito es hacer un niño que no cree problemas y se adapte bien.
- Lo que sorprende es:
 1. La estupidez adulta.
 2. La maldad de las razones que dan los grandes para justificar su proceder y la irresponsabilidad de sus acciones.
 3. La impiedad de los mandatos.
- También plantea la relación entre sexualidad y moral.
- Todo vale para salvar las apariencias.
- Brinda un testimonio de lo siniestro en tanto a los hijos se los prefiere muertos antes que ejerciendo una sexualidad por fuera de los “preceptos”.
- En líneas generales y atemporales, la obra trabaja la problemática del deseo del sujeto en relación con el deseo del otro.

En este contexto, enmarcaré las siguientes preguntas: ¿Qué representa el enmascarado? ¿Por qué podemos articularlo con la función del analista?

A manera de ensayo, ubicaré primero lo más obvio: porta una máscara marcando una ausencia (la de su identidad), una ausencia que la presencia necesita para situarse.

Podemos seguir: sin revelar aquello que hace a su ser, se ocupa de rescatar al adolescente para la vida. Recordemos que en la última escena Mauricio (el chico que se suicida), luego de una serie de peroratas que le da a Melchor

jactándose de las ventajas de la muerte e invitándolo a seguir sus pasos hacia el fatal destino, produce un viraje. Abandonando su impostura de felicidad en el reino de los muertos, le solicita a su amigo que confíe en el tercer personaje que es el enmascarado.

Hoy podríamos decir que lo manda a un analista. Reparemos las palabras con que lo dice: *“aunque esté muy disfrazado es al menos lo que es”* o sea, hace semblante. Al enmascarado lo sostiene el enigma: al menos se sabe que no se sabe qué es o quién es. Esto le permite al autor ubicarlo como distinto: distinto de la madre de Wendla que la quiere siempre niña, que le compra un vestido solo en función de tapar sus piernas, no sancionándola como vestida para la entrada a la sexualidad. Al menos el enmascarado no es tampoco los padres de Mauricio que lo querían hombre solo para estudiar, no para ejercer una sexualidad que los separaría de ellos. El enmascarado, manteniendo su enigma, se diferencia a su vez de todos aquellos que lo acusaron de culpable a Melchor por las dos muertes. En fin, es entre otras cosas esto lo que lo ubica en otra posición pudiendo operar de dos modos: a) denunciando la jactancia mentirosa del cadáver, b) ordenándole a Mauricio a volver con los muertos, y explicitándole a Melchor el deber ético de seguir a los vivos.

Cuando Melchor estaba por sumarse a la suerte de sus amigos, el hombre enmascarado cumple la función de cortar una satisfacción pulsional desintricada y, por lo tanto, tanática.

Utilizando la disparidad subjetiva de ser un adulto, lo insta a dejar de sentirse culpable cortándole la ferocidad de un superyó que lo acosa. Esto es también tarea de un análisis.

Como el enmascarado, el analista es aquel que empalma el querer con la ley, haciendo objeción a un mandato imperativo y absurdo que suele apoderarse fácilmente de los jóvenes.

Al correrlo de lugar de culpable, lo libera además de ocuparse de garantizar el goce de los padres, es decir, lo saca de ese sitio de quedar retenido para ellos cumpliéndoles el anhelo de eternidad.

El enmascarado hace algo más que prohibirle convertirse en cadáver. Le deja sentado que la moral es aquello que es producto del deber y el querer. Es una forma de construir, de intricar lo que muchas veces aparece como disyunción, tal como le sucedió a Mauricio.

La intervención del enmascarado no fue solo con palabras. En silencio lo toma del brazo y lo aparta del cementerio, con lo cual logra sujetar a Melchor. Sujetar en el sentido de hacerlo sujeto y también en el sentido de tomarlo de la mano para señalarle un camino de salida. El jovencito, pudiendo diferenciar al extraño personaje de los cadáveres, concluye de esta forma: “*Lo seguiré puesto que al menos se trata de un hombre*”. Esto confirma lo acertado de la operación como acto analítico. Para terminar una expresión de deseo: si bien analizar conlleva algo de una tarea imposible me digo y les digo qué bueno sería poder lograr siempre la eficacia del enmascarado. Al menos en esa dirección hemos de ir.

Primera versión: 01/10/07

Aprobado: 09/10/07

Bibliografía

Amigo, Silvia: (2001), *Clínica de los fracasos del fantasma*, Buenos Aires, Homo Sapiens.

Calvino, Italo: (1995), *¿Por qué leer a los clásicos?*, Buenos Aires, Tusquets.

Numberg, H. y Federn, E. (comp.): (1979), *Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*, “Reunión científica del 13 de febrero de 1907, Tomo 1, 1907-1908, Buenos Aires, Nueva Visión

Lacan, Jacques: (1993), “Despertar de primavera”. En: *Intervenciones y Textos 2*, Buenos Aires, Manantial.

Wedekind, Frank: (1991), *Despertar de primavera*, Buenos Aires, Quetzal.

Resumen

Luego de considerar los dos tiempos en que se presenta la sexualidad humana, el trabajo se centra en el segundo despertar, caracterizado por el movimiento de desasimio de la autoridad parental.

¿Qué encontramos los psicoanalistas cuando padres de adolescentes o estos mismos nos consultan? Sin dejar de lado la singularidad, las presentaciones más frecuentes giran en torno de las inhibiciones, por un lado, o los *acting* y pasajes al acto, por el otro, como modos de evitar la angustia.

Estos temas se abordan a través de una obra de Frank Wedekind llamada *Despertar de primavera*. La novela, que narra historias de chicos de 13 y 14 años, es considerada como un texto clínico que marca el encuentro entre el despertar sexual, y los ideales familiares y sociales.

Por último, se reflexiona acerca del lugar del analista y sus intervenciones a propósito de estos casos.

Palabras clave: adolescencia; segundo despertar sexual; relación de la crisis del adolescente con la crisis parental; embarazo adolescente; suicidio; problemas de aprendizaje; deseo del analista; intervenciones del analista con el adolescente; acto analítico.

Summary

After considering the two times in which human sexuality is presented, the work focuses on the second awakening, characterized by the movement of separation of parental authority.

What do psychoanalysts find when teenagers or their parents consult us? Without brushing aside singularity, most common presentations are about inhibition or “acting” and passages to the act as ways of avoiding anguish.

These subjects are tackled through a work of Frank Wedekind called *Spring Awakening*. The novel tells stories of 13 and 14 year-old boys and is considered a clinical text, which marks the gathering between sexual awakening and social and familiar ideals.

Finally, we think about the place of the analyst and his/her interventions about these cases.

Key words: adolescence; second sexual awakening; relation of the crisis of the adolescent with the crisis parental; adolescent pregnancy; suicide; problems of learning; desire of the analyst; interventions of the analyst with the adolescent; analytic act.

Résumé

Après considérer les deux temps où se présente la sexualité le travail se centre autour le deuxième réveil, caractérisé par le mouvement de séparation de l'autorité parentale.

Que trouvons les psychanalystes quand des pères d'adolescents ou eux-mêmes nous consultent?

Sans négliger la singularité, les présentations les plus fréquentes tournent autour des inhibitions d'une part ou des acting et des passages à l'acte d'autre part. comme manières d'éviter l'angoisse.

Ces sujets sont abordés à travers une oeuvre de Frank Wedekind appelée *Réveiller de Printemps*. Le roman qui raconte des histoires de garçons de 13 et 14 années est considéré comme un texte clinique qu'il marque la rencontre entre réveiller sexuel et les idéals familiaux et sociaux.

Finalement se fait une réflexion sur le lieu de l'analyste et ses interventions à propos de ces cas.

Mots clés: l'adolescence; deuxième réveiller sexuel; la relation de la crise de l'adolescent avec la crise parentale; embarras de l'adolescent; le suicide; les problèmes d'erudition; le désir de l'analyste; les interventions de l'analyste avec l'adolescent; l'acte analytique.

Oswaldo Tulio Frizzera
Aráoz 2879, Piso 5° C
(1425) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4804-1947
ofrizzera@hotmail.com